

Vigencia del Complejo de Edipo

Perspectiva lacaniana

Manuel Baldiz

Resumen

En este artículo se analiza la importancia del complejo de Edipo en la orientación lacaniana, tanto en su dimensión teórica como en las incidencias de la misma en el ámbito de la clínica y de lo social. El Edipo conserva plena vigencia en el psicoanálisis lacaniano, aunque se debe tener bien en cuenta que Lacan propició una lectura del mito edípico que lo despoja de sus aspectos más psicologistas y culturales a fin de adentrarse en su estructura esencial y en su estrecha articulación con la lógica de la castración.

El autor ha intentado preservar al máximo el estilo coloquial de la mesa redonda en la que tuvo lugar esta exposición. Asimismo, y dado que era una actividad abierta a la que podían asistir personas no demasiado habituadas a las terminologías específicas de nuestros corpus teóricos, se trataba también de conseguir un discurso lo más «didáctico» posible.

Es un privilegio para mí participar en esta mesa redonda organizada por la AEHP. La verdad es que no abundan las actividades de estas características, con un debate real y abierto entre distintas perspectivas teóricas, y me siento muy agradecido por haber sido invitado.

Estoy aquí como supuesto *representante* del enfoque lacaniano, pero dicho lugar no deja de ser un lugar imposible. No puedo hablar a título del conjunto de todos los lacanianos, entre otras muchas razones porque ese conjunto no es uniforme y probablemente ni siquiera existe. Hablaré, en todo caso, desde mi formación analítica y desde mi experiencia clínica, teniendo claro que en ambas la enseñanza de Lacan junto a la de Freud constituyen las referencias fundamentales, aunque no las únicas.

He tomado tres puntos, con algunas articulaciones entre sí:

Primer punto: La pregunta por la vigencia del Edipo en un sentido general (es decir, no sólo en la clínica propiamente psicoanalítica) y en el momento histórico-social que estamos viviendo.

Segundo punto: El lugar que ocupa el Edipo en la actualidad dentro de lo que podemos llamar *grosso modo* el movimiento lacaniano.

Y el *tercer punto* alude a una preocupación clínica respecto a ciertos *impasses* en la dirección de algunas curas analíticas que se conectan (como ya veremos) con la cuestión del Edipo pero también en parte con algunos fenómenos sociales característicos de nuestro tiempo.

Así pues, *primera cuestión.* ¿Cuál es la vigencia general del Edipo en este tormentoso inicio del siglo XXI que nos está tocando vivir? La respuesta no es fácil, porque adquiere aspectos paradójicos. Por un lado, en la superficie de algunos fenómenos, puede parecer que estamos asistiendo a una desaparición del Edipo tradicional. Pero a la vez, algunos de los efectos clínicos que esas modificaciones sociales parecen estar originando ponen en evidencia, más que nunca, la necesidad estructural de seguir apelando a la estructura del Edipo. Pensemos en los efectos que está teniendo en la clínica de las últimas décadas lo que se ha convenido en llamar el declive de la *imago* paterna. Dicho declive fue anticipado por Lacan en los años treinta (en su texto sobre *La familia*, escrito a solicitud de Henri Wallon) y en la actualidad empieza a ser casi un lugar común. Numerosos sociólogos hablan del eclipse del padre o de la estrella menguante del mismo (ver, por ejemplo, los trabajos de Lluís Flaquer). Ese supuesto eclipse contrasta, no obstante, con la necesidad que tienen los adolescentes actuales de encontrarse con alguien mínimamente bien ubicado en su función de representante de la ley.

En todas las sociedades de Occidente el número de familias monoparentales, constituidas casi exclusivamente por madre e hijos, aumenta sin parar. En Dinamarca y Suecia la mitad de los niños los tienen mujeres solas, no ligadas establemente a un compañero sentimental. En Estados Unidos, el 86% de los niños negros viven en hogares sin padre, y en Cataluña nacen una media de 700 niños al año sin que consten datos del padre.

No obstante, la sociedad actual recibe mensajes muy contradictorios acerca de la familia. Desde hace ya algunas décadas, se había llegado a vaticinar su pronta desaparición, pero a la vez una recentísima encuesta europea confirma que para más del 90% de hombres y mujeres lo más importante en sus vidas son las relaciones familiares: relaciones de pareja y de paternidad. Respecto de los padres (masculinos) tan pronto se habla de su evaporación como de la aparición de unos nuevos padres, mucho más implicados en la

crianza de sus hijos. Se nos aparecen dos figuras casi opuestas del padre moderno (sin entrar en aquellos casos extremos —como en las técnicas de clonación— en donde ya ni siquiera hace falta un padre biológico). La primera es la que algunos autores han bautizado como *fading fathers* (padres que se desvanecen). En esos casos (tal y como plantea José Antonio Marina en su reciente libro sobre la sexualidad), de las tres grandes *Pes* que constituían el modelo tradicional del padre viril —Preñador, Proveedor y Protector— permanece la primera y se han difuminado las otras dos. El padre fecunda y luego desaparece. La figura contraria es la que representan esos padres cada vez más afectiva y efectivamente implicados en el cuidado y en la educación de sus hijos, dentro de los cuales algunos empiezan a sentirse confundidos por la aparente *feminización* que dicha implicación parece suponerles.

De todas formas, como es obvio, no podemos trasladar estas modificaciones reales de la organización social y familiar al terreno de lo psíquico de una manera demasiado directa. La cuestión es compleja. Puede recordar, en parte, los debates ya antiguos entre analistas y antropólogos respecto a la universalidad, o no, del complejo de Edipo. La estructura triangular (hijo-madre-padre) o cuadrangular (hijo-falo-madre-padre) del complejo de Edipo aparece en las culturas más diversas, y no solamente en aquellas en las que es hegemónico el modelo de la familia conyugal. Lo fundamental, más allá de todas las variaciones posibles, es la existencia de una trama con una serie de funciones operativas y de elementos interconectados. Esos elementos, en la orientación lacaniana, son los tres lugares del hijo, la madre y el padre, y un cuarto elemento, el falo, que permite articular los otros tres.

Desde esos viejos debates con la antropología, sabemos que la función paterna puede estar perfectamente ejercida en algunos contextos muy diferentes del occidental por una figura como la del tío materno, y será tal vez necesario hacer un estudio riguroso de dichas cuestiones en las familias monoparentales de nuestra época.

Segundo punto. En la orientación lacaniana actual, ¿sigue el Edipo conservando su vigencia? Adelantemos la respuesta, que a continuación trataremos de argumentar y justificar: Sí, pero teniendo bien en cuenta la relectura que propuso Lacan despojándolo de sus aspectos más míticos para desvelar al máximo su estructura lógica. De alguna manera, Lacan parte del Edipo de Freud,

pero lo va a ir articulando fundamentalmente con la castración, el falo y el goce. Y en un momento final de su itinerario puede parecer incluso que prescinde del Edipo, cuando apunta provocadoramente que no fue más que un sueño de Freud, la elaboración freudiana de una estructura esencial: la de los *Nombres del Padre*.

Vayamos por partes. El Edipo es una maquinaria que estructura al sujeto en su tránsito de la naturaleza a la cultura a través de dos series: la elección de un objeto y la identificación. La ruptura de la unión con la madre es una pérdida fundamental en la estructuración de todo sujeto, y cualquier experiencia posterior estará marcada de algún modo por esa pérdida original. Pero Lacan nos ayuda a pensar esa experiencia de la falta central para todo ser humano en un registro que en su momento fue extraordinariamente novedoso por su énfasis en la dimensión del lenguaje y en la pérdida de goce inevitable a la sujeción del *infans* a lo simbólico, al universo de los discursos.

En los primeros pasos de su enseñanza, Lacan, todavía muy fiel a la letra del texto freudiano, nos ofrece una sistematización del Edipo en tres tiempos que no hemos de entender exactamente como una sucesión en la diacronía, pero que resulta muy esclarecedora.

En el primer momento del Edipo, el niño está en una relación de fusión y de inmediatez con la madre, a causa de la prematuridad del ser humano que conlleva una inevitable dependencia del cachorro de hombre respecto del *Otro* materno. En esa relación, el niño trata de identificarse con lo que supone que es el objeto de deseo de la madre. Intenta ser el objeto susceptible de completar a su madre, que no es otra cosa que el falo, en función de la equivalencia inconsciente que ella construyó en su propio itinerario edípico. En el mejor de los casos, hay una convergencia de deseos.

En un segundo momento, empieza a intervenir el padre, aunque en realidad ha estado siempre ahí, desde el primer instante. La mediación paterna va adquiriendo un papel cada vez más destacado al intervenir en la relación madre-hijo como un personaje que introduce prohibiciones, frustraciones y privaciones. En la primera etapa, el discurso materno era captado en estado bruto. En este segundo momento, el padre aparece «mediado en el discurso de la madre» (Seminario 5, *Las formaciones del inconsciente*, p. 207).

En el tercer momento del Edipo, el padre adquiere un protagonismo todavía más directo, poniéndose de manifiesto en su propio discurso y no solamente en el de la madre. La prohibición que el

padre representa es una doble prohibición, una dirigida a la madre (*no reintegrarás tu producto*) y otra dirigida al hijo (*no te acostarás con tu madre*). La función del padre es entonces función de corte. Como tiene el falo, el padre deja de ser el que priva a la madre del objeto de su deseo. Por el contrario, lo devuelve de algún modo al lugar allí donde la madre puede desearlo. El padre puede darle a la madre lo que ella desea porque es él quien lo tiene. El padre es esa diferencia introducida por un deseo de madre que no se agota en un deseo de hijo. El niño se encuentra ahora inscrito en la dialéctica del tener o no tener. Ya no es el falo de la madre, y a lo sumo puede tener un pene (como equivalente fálico) a la espera de alcanzar la edad de madurez genital, o —en el caso de la niña— podrá acceder a tener sustitutos fálicos: el pene de su futuro compañero sexual, cuando lo tenga, o el hijo-hija cuando decida ser madre.

A medida que Lacan avanza en su enseñanza, puede ir más allá de esa primera relectura del Edipo freudiano y su movimiento se inscribe en una decidida apuesta por la des-psicologización del complejo de Edipo, a fin de indagar más en su estructura y en su lógica. El acento se pone entonces no tanto en las personas sino en las funciones. La madre está presente a título de deseo, y el padre en tanto significante. Es lo que conocemos como la metáfora del nombre del padre, que no es otra cosa que la inevitable sustitución del deseo materno por el nombre del padre. Un eco de esa metáfora se percibe bien en la tradición de algunos países como el nuestro de poner al hijo el apellido del padre. Es una forma de dejar bien claro, con la marca del apellido del padre (o de aquel que acepta ejercer ese lugar, reconociendo al hijo en lo social), que ese cuerpo que acaba de llegar al mundo a través del cuerpo de la madre no le pertenece solamente a ella.

Cierta vulgata psicoanalítica es la que afirma que en la teoría de Melanie Klein casi todo recae del lado de la madre mientras que para Lacan todo el énfasis está colocado en el polo paterno. No es cierto ni lo uno ni lo otro. En todo caso, es verdad que Freud, tanto en sus casos clínicos como en sus construcciones teóricas, solía dar mucha más relevancia al padre que a la madre (aunque incluso esta afirmación debería también matizarse mucho) y Melanie Klein, por el contrario, se detuvo a indagar más en profundidad las llamadas etapas tempranas del Edipo y la importancia indiscutible de la madre en las mismas. No obstante, en la concepción kleiniana el pene del padre, codiciado y odiado a la vez, hace acto de presencia muy precozmente como un objeto que se halla en el interior de la madre e

incluso en el interior del propio bebé. Entonces, en contraste con Melanie Klein, Lacan, sin duda, reintroduce al padre con fuerza pero sin olvidar en absoluto la posición materna, como ya hemos empezado a mostrar. La madre lacaniana es compleja, y en ocasiones siniestra. En uno de sus seminarios, Lacan la compara a un cocodrilo con la boca abierta, siempre a punto de cerrarla, y siguiendo con la analogía propone la necesidad estructural de un palo que impida que la boca se cierre atrapando en ella al sujeto. Ese palo es la significación fálica, la apelación a un tercero que permita la circulación del deseo.

Más tarde (ya lo hemos insinuado hace un rato), parece incluso como si Lacan pretendiera prescindir por completo del Edipo. Una lectura semejante sería errónea, pero crea, no obstante, una rica tensión dialéctica que ayuda a que no nos acomodemos demasiado en nuestros axiomas.

En su análisis comparativo entre *Tótem y tabú* y el complejo de Edipo (Seminario 17, *El reverso del psicoanálisis*) destaca Lacan la conexión estructural entre el asesinato del padre y el goce de la madre. Asesinato del padre, para Lacan, no significa necesariamente la expresión agresiva de la rivalidad edípica (ese «guiñol», como a veces lo caricaturiza), sino el hecho de que el padre opera en tanto muerto y/o susceptible de ser matado, es decir convertido en puro significante. En ese sentido, hay una coherencia permanente en la obra de Lacan en lo que respecta al padre real en tanto agente de la castración. Ya desde los primeros seminarios deja claro que la castración es una operación simbólica efectuada por el padre real sobre un objeto imaginario. Pero al final de su enseñanza, a pesar de todas las modificaciones teóricas y de todos los meandros dialécticos, mantiene esa referencia al padre real, añadiendo no obstante que dicho padre real puede ser un puro efecto de lenguaje. Si lo pensamos bien, no es tan diferente de lo que nos decía Freud cuando remarcaba que la madre es siempre *certísima* a diferencia del padre siempre *incierto*. Esa incertidumbre estructural del padre (aunque en la actualidad existan las llamadas pruebas de paternidad) es la que lo hace depender del discurso.

Tercer y último punto. En mi experiencia clínica cotidiana (tanto en los análisis como en las supervisiones) ¿sigue siendo vigente el Edipo? Sí, por supuesto, pero me interesa especialmente compartir con ustedes una cuestión teórico-clínica a la que le vengo dando vueltas desde hace un tiempo y que tiene que ver con algunas

dificultades inherentes a lo que podríamos llamar la sobre-estimación de lo edípico en la dirección de la cura.

Orientar la cura teniendo demasiado presente en la escucha el complejo de Edipo puede, en ocasiones, contribuir a hacer más consistentes todavía las figuras del *Otro* para el analizante. Es el riesgo de la edipización excesiva que, en algunas curas, lleva a *impasses* casi infranqueables. Estoy pensando sobre todo en algunos sujetos modernos que, fácilmente identificados con ciertos discursos de los *mass-media* y con una fuerte tendencia actual a la des-responsabilización (la «tentación de la inocencia» tan bien descrita por Pascal Bruckner), intentan concluir la construcción de sus padeceres sintomáticos ubicando en el lugar causal de los mismos a una madre poco afectiva y/o a unos padres que supuestamente no les ayudaron a cultivar de manera suficiente su autoestima. Por ello, sostengo que ciertas intervenciones que apuntan a poner en evidencia la repetición en el presente de las relaciones edípicas pretéritas deben ser hechas con mucha prudencia (o a veces con cierta ironía crítica) a fin de evitar que coagulen aún más las conductas sintomáticas, como si dieran al sujeto una especie de coartada y lo fijaran aún más en su fantasma y/o en su novela familiar. En ese sentido, podemos sostener que el progresivo desplazamiento en la enseñanza lacaniana desde la mitología del Edipo hasta la lógica de la castración y del *objeto «a»*, no es en

absoluto una cuestión únicamente teórica: tiene consecuencias clínicas y éticas de primer orden. Lacan nos anima a pensar el psicoanálisis «más allá del Edipo» e incluso a «ir más allá del padre pero a condición de servirse de él». Entiendo que esos enunciados se vinculan estrechamente con esta cuestión clínica a la que me refiero.

Y por el momento voy a detenerme aquí.



Manuel Baldiz
Gran Vía, 465 ent.B
08015 Barcelona
Tel. 93-4264415
9567mbf@comb.es

Bibliografía

- LACAN, J. (1958): «Los tres tiempos del Edipo», capítulos X y XI del Seminario 5, *Las formaciones del inconsciente*. Barcelona: Paidós, 1999.
- LACAN, J. (1970): «Edipo, Moisés y el Padre de la horda» y «Del mito a la estructura», capítulos VII y VIII del Seminario 17, *El reverso del Psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1988.
- MASOTTA, O. (1976): «Edipo, castración y perversión», en *Ensayos lacanianos*. Barcelona: Anagrama.
- SAFOUAN, M. (1974): *Estudios sobre el Edipo*, México: Siglo XXI, 1977.
- ZAFIROPOULOS, M. (2001): *Lacan y las ciencias sociales (La declinación del padre)*, Buenos Aires: Nueva Visión, 2002.